

Día de parque

-Gracias mamá.

Le digo mientras el sol radiante baña mi rostro, sentada en el parque, contemplando la lejana vegetación del cerro.

Le agradezco a mamá porque recuerdo todas las cosas buenas que hizo. Por mí y por todo el mundo a su alrededor. Se suele pensar que las mamás son bondadosas por naturaleza, pero la mía, de verdad, es la mejor.

Al principio, antes de la llegada *del hombre*, ella parecía iluminada por un haz de luz intenso, se veía divina, era como estar bajo la protección de los mismos ángeles.

Siempre tuve un plato de comida frente a mí, a pesar de nuestra precaria situación económica. Ella siempre supo cómo arreglárselas para que no me faltara nada.

Aprovechaba los días de lluvia, en pleno invierno crudo, para ir a vender sopa caliente a las afueras de las oficinas, a pesar de quedar empapada y tener que soportar el frío intenso y posterior resfrío. Aprovechaba los días más calurosos del año, esos con temperaturas sobre los 35° para ir a vender cubos a la feria, puesto por puesto, y en días de semana, casa por casa.

A pesar del cansancio en el día, del trabajo arduo en la calle, de velar por mí y de ayudar a sus vecinos con trabajo comunitario, ella también dedicaba las noches a estudiar. No faltaba ningún día, durante 5 años completos donde aprendió a leer, escribir y hacer cálculos; la vi con tremendo orgullo graduarse con honores.

Fue entonces cuando apareció *el hombre*, el que comenzó a apagar su brillo poco a poco y aniquiló nuestra tranquilidad. Aún así su bondad jamás se extinguió.

Siguió realizando actos de amor y sacrificio, yo diría que aún más. Con mayor ahínco. Comenzó a realizar acciones que podrían afectar su integridad física y psicológica, acciones de rebeldía a hurtadillas, como cuando empeñó el reloj que le había dejado la abuelita, que hace poco había partido de nuestro lado, para ir de paseo y comprarme zapatos, todo a escondidas de *él*.

Cuando llegaba de trabajar, con sus pies llenos de ampollas de tanto caminar al ampliar su tramo de recorrido habitual, a planchar la ropa, lavar la loza, cocinar, lavar otra vez, ir a comprar cervezas encargadas por *el hombre*, atender a sus amigos y cumplir su rol de esposa al final del día, por obligación.

Sin embargo, su espíritu no decaía, valiosos siempre fueron sus lecciones de amor, ese amor de madre infinito, aunque todo siempre estuviera en su contra. A pesar de todo eso, siempre me decía que odiar no nos llevaría a ningún lado.

-Hija, las desdichas son de un solo día. Luego se van, se olvidan.

Me siento agradecida de que me abrazara cada vez que lloraba, todas esas veces que lloré por ella mientras contenía con fervor sus lágrimas para no verme sufrir. Agradecida de todas las veces que me envolvía en sus brazos y me hacía escuchar su corazón con un oído mientras me cubría con su mano el otro para no oír gritar *a/ hombre*.

Cuando me dejaba encerrada en la pieza, con llave, soportando los golpes que le propinaba *él*, furioso porque no lo dejaba entrar. Y como cuando me dejaba salir a escondidas por la puerta trasera y me entregaba el cuaderno oculto en el macetero para que fuera a la escuela.

Pero por sobretodo, agradezco el sacrificio de amor más grande que alguien puede hacer por otra persona, al interponerse ese día, entre el hombre y su cuchillo, un cuchillo que iba directamente hacia mí.

-Te extraño, mamá.

Me despido retirándome del Parque del Recuerdo, mirando por última vez su nombre escrito en la lápida. Y por última vez le digo:

-Gracias por enseñarme la perseverancia, la lucha, la avidez, por enseñarme a amar, por inculcarme valores de responsabilidad, de cariño, bondad, de ayudar a los demás. Gracias por enseñarme, tan desdichadamente, a identificar lo que no quiero para mi vida y lo que no debo permitir jamás. A ti, madre, te silenciaron. Pero a mí nadie me callará.

Ximena Rodríguez

42 años

Peñalolén